
*Mujeres Mayores Transgresoras:
El caso de “Elsa & Fred”*

*Juan Lirio Castro, Universidad de Castilla La Mancha.
David Alonso González, Universidad Complutense.
Inmaculada Herranz Aguayo, Universidad de Castilla La Mancha*

1. Introducción

El presente trabajo pretende reflexionar sobre el papel que en la actualidad desempeñan las mujeres mayores en la sociedad. ¿Asumen indiferentes los roles asignados o por el contrario se rebelan ante las imposiciones sociales por razones de edad y género? ¿Son las mayores personas improductivas y sin ningún rol significativo en el mundo que vivimos hoy? ¿Cuál es su posición en las familias? ¿Qué posibilidades tienen?

Estas y otras cuestiones serán abordadas a lo largo de este capítulo. Para ello nos apoyaremos en el análisis de la película “Elsa & Fred” de Marcos Carnevale (2005) con el fin de desentrañar los diferentes discursos sociales y actitudes que sobre las mujeres mayores suelen aparecer. A su vez aprovecharemos este medio audiovisual para explicar de un modo directo y concreto algunas ideas que desde la gerontología y los estudios de género se suelen repetir y se consideran esenciales.

2. Elsa y Alfredo, dos mayores, dos conceptos sobre la vejez

Nuestra historia comienza cuando Alfredo, recientemente viudo, se traslada a vivir de su antigua casa a un piso en el centro de Madrid. En su nueva casa conoce casualmente a Elsa, una vecina mayor de nacionalidad argentina, cuando ésta choca por accidente con el coche de la hija de Alfredo, siendo observada por el nieto de éste.

Este incidente casual desencadena el argumento y el nudo esencial de la película: el encuentro entre dos personas mayores diametralmente opuestas, pertenecientes a mundos distintos, con visiones y vidas diferentes, y sobre todo, con formas de entender la vejez y la vida, totalmente dispares.

Por eso, quizás el primer aspecto que aparece en la película, y que a su vez sustentaría la visión que de las mujeres mayores tenemos, es la visión que de la vejez se proyecta.

En este sentido en la película aparecen magistralmente dos concepciones encarnadas en los protagonistas principales. Por un lado, encontramos a Alfredo, un señor apático de 78 años, responsable, recto en su comportamiento y signado por todos los atributos de una vejez vinculada al déficit y la improductividad: De carácter huraño, gruñón, resignado a su situación, tradicional y fuertemente hipocondríaco considera que a su edad lo único que tiene que hacer es esperar. No tiene presente ni futuro, solo amargura.

Hechos que se agravan con la reciente pérdida de su mujer, motor principal de su vida, y que le sitúa en un proceso de duelo que no acaba de superar y que le lleva al aislamiento, desinterés por la vida, inestabilidad emocional, falta de energía y un sinfín de síntomas que se ven claramente en la historia (alteraciones del sueño, mal humor, falta de interés por la

vida, desesperanza, culpabilidad, tristeza, añoranza, ira, etc.). Únicamente dos relaciones desinteresadas y entrañables parecen conectarle con el mundo exterior y le generan un mínimo interés: el apego que siente por su nieto y por su mascota, el perro Bonaparte.

Encontramos así que en Alfredo se encarnan las teorías de la desvinculación (en la que el mayor se separa de la sociedad por desinteresarse por el mundo social en un intento de adaptación y preparación a la muerte) y la teoría de la ancianidad como subcultura (en la que los mayores constituyen un grupo social aparte que se mueve por intereses diferentes y lógicas distintas a las del resto de los grupos sociales). Así este protagonista reflejaría fielmente lo que Limón (2002) denomina el modelo de vejez como déficit.

Por el contrario, Elsa con sus 82 años lejos de encuadrarse en el modelo de vejez como déficit manifiesta una actitud y comportamiento totalmente opuesto. Nuestra protagonista femenina aparece en todo momento activa, sonriente, con un gran sentido del humor, llena de pequeñas ilusiones y viejos sueños que cumplir, siendo el más acariciado por ella visitar Roma y poder dramatizar una escena de “La Dolce Vita” (1960) de Federico Fellini que se escenifica en la Fontana de Trevi.

Soñadora, vital, pícara y divertida son adjetivos que describen perfectamente a esta mujer que lejos de amilanarse por la edad continúa luchando por lo que le gusta en la vida: divertirse, pasear, charlar, conducir por la ciudad mientras escucha su música favorita, viajar, hablar por el móvil, en definitiva, vivir con el máximo de entusiasmo y de calidad de vida. Todo, a pesar de padecer una grave enfermedad por la que se tiene que someter a diálisis.

Sin duda Elsa encarnaría las teorías de la actividad (que indica que solamente la persona que se mantiene activa y sustituye los viejos roles desempeñados por otros nuevos, puede sentirse feliz y plena) y la teoría del ciclo vital (que entiende la vejez como otra etapa más del desarrollo humano, que además de limitaciones propia de la etapa incluye oportunidades y nuevos retos a los que hacer frente y adaptarse). Reflejaría por tanto el modelo de vejez como desarrollo (Limón, 2002) en la que esta etapa de la vida puede ser tan plena y satisfactoria como cualquier otra.

De este modo se confrontan las grandes concepciones que en la actualidad conviven y existen sobre la vejez, identificándose cada una de ellas con cada uno de los protagonistas e identificándose con ellas unas formas de pensar y actuar características.

3. Elsa: Mujer, mayor y... ¿transgresora?

Desde el principio la protagonista femenina se escapa de la imagen social convencional que sobre las mujeres mayores tenemos. Elsa vive sola ya que a pesar de padecer una enfermedad importante ésta no la impide desarrollar una vida normal y mantener su autonomía e independencia. Tanto es así, que entra y sale, conduce, usa teléfono móvil y siempre anda dispuesta a divertirse y disfrutar de las cosas que le ofrece la vida.

Aunque el mayor peso en su **red social**, como ocurre con cualquier mujer mayor, lo tiene la familia, su posición y vinculación es bien distinta a lo que solemos acostumbrar. Por un lado, es el hijo mayor de la protagonista el que le ayuda económicamente sin aparecer alusión explícita a si tiene pensión o algún tipo de ingreso económico ante lo que podemos pensar que no. Situación ésta que lejos de generar dependencia en otros ámbitos de la vida de Elsa, no coarta en absoluto su libertad personal, social y emocional.

Tanto es así que lejos del arquetipo de abuelita entrañable ocupada de los nietos y del rol tradicional de cuidadora y proveedora, se nos presenta como una mujer independiente alejada del modelo tradicional de ama de casa, sin por ello dejar de prestar un papel de equilibradora y nexo entre sus hijos. En este sentido, parte de la ayuda económica que le presta su hijo mayor –con un elevado poder adquisitivo– lo emplea en ayudar al hijo menor cuya situación financiera es más precaria.

Aún así, la relación que mantiene con sus hijos tiene un fuerte componente afectivo, observándose una relación de apego sincera y saludable. A pesar de lo cual existe un cierto control social que se intenta ejercer sobre ella, especialmente por parte del hijo mayor, representante de la tradición familiar como estructura social. Tanto es así que en alguna ocasión

Elsa afirma “*Me controla*” refiriéndose al seguimiento que el hijo le hace, o como cuando le interroga sobre las intenciones de su madre con Alfredo al descubrir que son novios. Aspecto ante el que ella le recrimina y se defiende argumentándole al hijo que el también se volvió a casar por segunda vez y además le lleva bastantes años a su nueva nuera.

Además de las relaciones familiares, nuestra protagonista parece tener un buen dominio de las habilidades sociales hecho que se deja entrever en la facilidad que tiene para entablar conversaciones, comunicarse e incluso intercambiar confidencias con otras personas, como se puede observar en la complicidad que tiene con el conserje del edificio donde vive o con el médico que le administra su tratamiento.

Otro aspecto que se nos presenta como novedoso y transgresor es la **actitud vital** que presenta. Lejos de actitudes derrotistas, aislamiento social, dependencia o incapacidad, la protagonista se confirma como luchadora, buscadora de emociones, posibilista y con un gran sentido del humor. Así lo demuestra a lo largo de la película con sus comentarios jocosos como cuando dice a Fred refiriéndose a una interrupción en la que su inminente novio tiene que ausentarse para atender a su perro: “*¡Cuando no es la perra de la hija, es el perro del perro!*”. O como cuando utiliza la mentira para conseguir sus objetivos o hacerse la interesante (como cuando le dice a Fred que su hijo no tiene empleo y siendo viudo tiene cinco hijos que mantener; o afirmando que su marido había fallecido hacía más de veinte años apareciendo el mismo posteriormente en el cumpleaños de una de sus nietas).

Otro aspecto interesante y que cuestiona la visión tradicional de los mayores es la idea de que éstos no pueden aprender ni **acceder a los avances tecnológicos**, ideas que se desterran en el caso de esta mujer que maneja el teléfono móvil, conduce, usa tarjetas de crédito..., demostrándose así que esas ideas son más mitos que una incapacidad y que el aprendizaje sigue siendo posible en esta etapa de la vida.

Pero además de lo anterior, Elsa también presenta un comportamiento transgresor al enamorarse de Fred, como le llama cariñosamente, y permitirse tener una **relación de pareja**. Lejos de asumir que su tiempo ha pasado, y que no le queda nada por descubrir, esta peculiar mujer se lanza a la conquista de su amado. Tanto es así que le invita a salir, a tomar algo a su casa e incluso es ella la que toma la iniciativa el primer día que duermen juntos. Y es que a pesar de las injerencias familiares o sociales, ella está decidida a vivir libremente y cumplir sus sueños.

En este sentido se podría también mencionar la dimensión temporal y la importancia que tiene en esta etapa de la vida. Elsa encarnaría perfectamente los principios que Moody (1985) ya definiera de finitud y autodesarrollo. Finitud porque es consciente del paso del tiempo, y de lo finito de la vida humana, máxime en su caso que padece una grave enfermedad, idea que cobra fuerza cuando afirma: *“Tengo otro tiempo, así es que es mejor que se apure”*, refiriéndose a la relación sentimental con su incipiente pareja. Pero por otra parte, sigue viendo posible el crecimiento humano, el desarrollo personal y entablar nuevas relaciones, aspectos que indican claramente la idea de autodesarrollo.

Encontramos así una mujer fundamentalmente libre, avanzada para su tiempo, separada, reconociendo que en su pasado le fue infiel a su marido, con cierta cultura (maneja básicamente idiomas), con aficiones culturales (toca el piano, le interesa el arte...), dispuesta a sacar el máximo partido a la vida, iniciando una relación de pareja, apoyando al hijo que la necesita, sonriendo siempre que puede y la vida le permite, ilusionada y con sueños que cumplir (viajar a Roma y visitar la Fontana de Trevi)... en definitiva Elsa se construye a sí misma en una etapa de la vida en la que no existen modelos alternativos de ser y envejecer siendo mujer, convirtiéndose así en su propio modelo de mujer mayor.

4. Un ciclón llamado Elsa: Modelo y espejo de un modo de envejecer

Analizábamos poco más arriba el modo de actuar de Elsa en la película y si el mismo era prototípico de una mujer mayor, o por el contrario se nos presentaba como transgresor. Comentábamos a su vez, que la personalidad, forma de concebir el mundo y de actuar de esta mujer le alejaba de convencionalismos sociales. Tanto es así que incluso su posición vital cuestiona y modifica la forma de entender el mundo, y por ende, la vejez de Fred, su compañero.

Con Fred, sin duda, asistimos a una revolución. Comprobamos como al principio es un hombre triste, sin voluntad, afectado por el proceso de duelo, pero también acostumbrado a que su vida fuera gobernada y dirigida por su mujer. Papel que asume su hija al fallecer la primera. Así la hija de Fred decide que su padre se cambie de casa y hasta le ordena la misma a su gusto, hecho que queda patente cuando Cuca –que así se llama la hija de Fred– le pregunta al nieto del mismo si la foto de la difunta está bien donde la ha colocado, a lo que éste contesta: *“No sé, pregúntale al abuelo. Es su casa”*.

Observamos en ese primer momento a un señor que sin estar enfermo, aparece como dependiente, gobernado primero por su mujer y posteriormente por su hija. Aspecto éste que no contribuye a su bienestar emocional y desarrollo, por el contrario genera en él una mayor dependencia y sentimiento de inutilidad. Transmitiéndole así la familia una expectativa de dependencia e inutilidad, como cuando su hija le comenta: *“Tienes un montón de sitios de comida preparada en el barrio”*, cuestionando quizás la capacidad de cocinar de su padre o cuanto menos su capacidad de aprendizaje o de cambio.

La red social de Alfredo en ese momento se limita a su familia, su perro y un viejo amigo que además es su médico: Juan. Pero nuestro protagonista se encuentra en un momento de crisis,

sumergido en el duelo causado por la pérdida de su mujer, que le lleva a un estado de desinterés generalizado. En esta situación, y a pesar de que su hija intenta ayudarlo a su modo, ni la falta de tacto y la presión de ésta ni la insistencia de su amigo Juan consiguen ayudarlo. Únicamente encuentra consuelo en la naturalidad y sinceridad de su nieto, encontrando en él y en su mascota, un vínculo incondicional que le ayuda a apuntalar su delicada situación.

Esta situación de aislamiento y falta de interés es la que presenta Alfredo cuando Elsa irrumpe en su vida. Como un ciclón la argentina poco a poco se va ganando la confianza de su vecino hasta conquistar su corazón. Y es que además de conversación ella le ofrece apoyo emocional, conversando sobre sus respectivas vidas y fraguándose así un profundo sentimiento.

Pero como todo proceso esta confianza y complicidad se alcanza poco a poco. De la reticencia Fred va pasando a la admiración y atracción hacia su vecina. Al principio la sola idea de entablar una nueva relación desestabiliza a nuestro protagonista, aferrándose a su pasado en un intento por reconocerse en lo que considera su verdadera identidad (visitando la tumba de su mujer y llevándole flores).

Aunque a pesar de las resistencias, las conversaciones, la mera presencia y forma de ser de Elsa, hace que Fred se replantee profundamente su vida y su modo de envejecer. Ella en una íntima conversación le pregunta que como era su mujer a lo que él contesta: “*Mi mujer era ordenada*”, destacando más un aspecto utilitario que una pasión o enamoramiento. En cuanto a la cuestión que le hace sobre si eran felices, él a su vez contesta: “*Nos llevábamos bien*”. De este modo y sin pretenderlo, la argentina cuestiona el tipo de relación que Fred mantuvo con su mujer, quedando en evidencia que la misma no era una relación basada en la atracción, la complicidad o el deseo, si no en la rutina, la costumbre y la comodidad.

Igualmente queda en el aire la pregunta que la vecina le realiza sobre si hizo algo osado en su vida o si se ha reído mucho, explicitando así los valores y cuestiones que ella valora, aspectos contrapuestos a los valores tradicionales que él hasta el momento ha seguido. Aunque posteriormente Fred le manifiesta: “*¡Tu eres el mayor exceso para mi viejo corazón!*”, en una sincera manifestación de sus emociones y de reconocimiento del impulso que ella le ha contagiando para cambiar su vida. Otra crítica que recibe de Elsa es su afición a las pastillas cuando le recrimina: “*¡Te encanta estar enfermo!*”. Cuestiones todas que le llevan a la argentina a afirmar: “*¡Yo a este dinosaurio lo voy a hacer vivir!*”.

Lógicamente esta influencia, las conversaciones y los cuestionamientos van produciendo en Fred algunos cambios, siendo el primero de ellos un replanteamiento en la posición familiar. Así queda patente cuando su hija entra a su domicilio sin llamar y nuestro protagonista le pone un claro límite, recordándole que cuando quieran visitarle llamen antes, y si acuden al domicilio toquen el timbre y respeten su intimidad. Del mismo modo cuando la hija le recrimina por qué ha tirado las pastillas diciéndole que si se está dejando morir, él reacciona y manifiesta: “*¡No me tratéis como a un enfermo!, ¡Me estoy dejando vivir!*”.

Así es como Alfredo pasa de ser un hombre dependiente, aislado e incapaz de decidir por sí mismo, a defender su relación de pareja cuestionada por su propia hija cuando le manifiesta que su madre aún esta caliente, y adoptando una actitud nueva y posibilista ante su propia realidad.

La propia relación así como el modelo de Elsa, consiguen que esa relación que consideran “una amistad rara” vaya insuflando en Fred las ganas de vivir, hecho que queda simbolizado cuando éste guarda el retrato de su esposa fallecida, iniciando así una nueva etapa en su vida. Superando así como le recriminaba su nueva pareja: “*¡Tienes miedo de vivir!*”.

Con todo Fred acaba invirtiendo en su felicidad como afirma su hija, y adoptando una actitud abierta e ilusionada ante la vida. Por ello decide invertir en el sueño de Elsa de viajar a Roma y representar la escena de la película de Fellini. Todo esto sitúa a Alfredo ante el mundo de un modo diferente, más optimista y positivo, como refleja su actitud ante la muerte de Elsa al final de la película.

5. Conclusiones: Construirse así misma como acto de libertad que transforma

Como mencionamos en otro lugar (Lirio, Alonso y Herranz, 2007) pensamos que las mujeres mayores frente a su proceso de envejecimiento se enfrentan a un triple desafío: 1- Comprender el envejecimiento como algo normal; 2- Integrar el propio envejecimiento y 3- Modificar la visión social sobre la mujer mayor.

Sin duda la mujer vive de un modo peculiar este momento evolutivo, máxime cuando la sociedad restringe y limita sus posibilidades visualizándola únicamente en el rol de cuidadora ya sea de los padres, los hijos o los nietos, y suponiendo que en estos quehaceres impuestos encuentra su realización. Coincidimos así con Urbano y Yuni (2007:149) cuando afirman que “... dicho rol tiene características de mandato social que se sustenta en la idea de que la mujer ejerce funciones de cuidados socio-afectivos...”.

Además de lo anterior la mujer se encuentra excesivamente valorada a través de su imagen física, lo que en este momento juega en su contra al no coincidir con el ideal de belleza vinculada a la juventud, esto por no hablar de la ausencia de modelos alternativos de envejecer.

En el caso de Elsa podemos destacar que es una buscadora que lejos de asumir lo que la sociedad espera de ella por mujer y por mayor, se lanza a la conquista de lo que realmente quiere ser y vivir. En este sentido, esta actitud activa y participativa es a la que se refieren Yuni y Urbano (2001) cuando contraponen al concepto de madurez (connotada de estabilidad y seguridad) el de *madurescencia* (al que significan como momento de flexibilidad, procesualidad y movimiento).

Posteriormente Yuni y Urbano (2007) matizan que la madurescencia es un momento/movimiento del recorrido vital-existencial en el que el sujeto se cuestiona, se plantea y se orienta a la tarea de alcanzar su madurez, implica un movimiento subjetivo de re-apropiación y re-orientación de su propia experiencia. Momento de replanteos, de desestabilización de los modos habituales de funcionamiento; momento de búsqueda y de confrontación con los modelos y mandatos recibidos en otros momentos del curso vital.

Así encontramos que Elsa se encuentra en esa situación de búsqueda, de cuestionamiento y lucha por alcanzar su madurez. Quiere vivir plenamente y desarrollarse personalmente pero siendo como realmente quiere ser y haciendo lo que ella decide, no lo que externamente se le impone.

Del Valle (2002) presenta una clasificación sobre la edad que nos puede resultar de utilidad para entender más a la protagonista de nuestro análisis. Así encontramos:

1. La edad cronológica, que viene marcada por la fecha de nacimiento y cuantificada por el paso del tiempo acontecido.
2. La edad atribuida, aquella que se nos asigna en función de la edad cronológica y las características específicas que definen las distintas edades y por tanto las categorías infancia, adolescencia, juventud, adultez, vejez.
3. La edad sentida, es decir, aquella que parte de la propia realidad subjetiva tanto de las mujeres como de los hombres, se configura a partir de cualidades personales y de carácter que manifiestan grados de autoestima, salud, capacidad para adaptarse a los cambios, habilidades sociales así como aspectos relacionados con las características del entorno social y afectivo.

En el caso que nos ocupa, Elsa manifiesta en todo momento una preferencia por la edad sentida, es decir, se mueve desde su realidad subjetiva a partir de sus características y deseos y no por lo que se espera de ella según su edad atribuida. Así no escatima esfuerzos a la hora de vivir como desea, ya sea escuchando su música favorita, portando un teléfono móvil fucsia o entablando una nueva relación de pareja. Sin duda, este aspecto es el que le lleva a Fred a exclamar: “*¡Eres una adolescente en el cuerpo de una señora mayor!*”.

Proceso complejo ya que a pesar de los deseos, Elsa tiene que adaptarse a los cambios que la edad y su enfermedad le van produciendo. Así toma la elección de aprovechar las posibilidades y buscar su crecimiento personal, en vez de plegarse a sus dificultades y sus limitaciones. Por eso al principio decíamos que esta mujer encarna el modelo de vejez como desarrollo frente al de vejez como déficit, que podría encontrarse representado en actitudes como la de Juan el amigo de Fred cuando afirma: “*¡Hace años que no tengo nada que hacer!*”.

Así integrar el propio envejecimiento para las mujeres implica asumir, compensar y articular los cambios físicos, psíquicos y sociales que la edad conlleva. Proceso que requiere del desarrollo de aprendizajes, habilidades, y establecimiento de nuevas relaciones y tareas que organicen su cotidianeidad de un modo gratificante y satisfactorio. Construyéndose de esta manera como mayores y como mujeres, categorías que se entrelazan y se retroalimentan, pero que conforman situaciones diferenciales ya que a pesar de ser mayor, la mujer sigue sintiéndose mujer, y como tal quiere vivir y ser reconocida (Lirio, Alonso y Herranz, 2007: 68).

Ejemplo de esto lo encontramos por ejemplo en la manifestación de coquetería de Elsa cuando afirma: “*¡No estoy presentable!*”, cuando su vecino va a visitarla, aprovechando ella para retocarse el peinado ante un espejo.

En definitiva podemos concluir diciendo que Elsa es una transgresora tanto en cuanto busca un desarrollo pleno en la etapa que vive –en este caso la vejez–, asumiendo una actitud positiva, posibilista y de apertura hacia los demás; sintiéndose capaz de entablar una relación de pareja sana y gratificante; siendo un nexo de unión entre sus hijos y apoyando al que lo necesita; manteniendo ilusiones y proyectos que cumplir; demostrando que existe capacidad de aprendizaje hasta el final de nuestros días; adaptándose a su época y manejando los medios tecnológicos a su alcance; y fundamentalmente, por enfrentarse a la enfermedad y a la vida, con valentía, libertad y unas enormes ganas de vivir. Sin duda, no existe nada más trasgresor que construirse a sí misma en un acto de libertad y autenticidad que transforma.

6. Referencias Bibliográficas

- Del Valle, T. (2002). Contrastes en la percepción de la edad. En V. MAQUIEIRA, (Comp), *Mujeres mayores en el siglo XXI*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales-IMSERSO.
- Limón, M^a. R. (2002). Tiempo nuevo para la educación de la salud en las personas mayores. En J. ORTEGA (Coord.), *Nuevos retos de la pedagogía social: La formación del profesorado*. Salamanca: Sociedad Ibérica de Pedagogía.
- Lirio, J, Alonso, D. y Herranz, I. (2007). El reto de envejecer siendo mujer. En D. ALONSO y V. RODRÍGUEZ, (Dir); *La mujer en el siglo XXI: Desigualdades, Retos y Oportunidades*, pp 60-73. Universidad de Castilla La Mancha.
- Moody, E.M. (1985). Parent care as a normative family stress. *The Gerontology*, nº.1.
- Urbano, C. A. y Yuni, J. A. (2007). Mujeres mayores cuidadoras: Construir una identidad entre la exigencia y el deseo. En D. ALONSO y V. RODRÍGUEZ, (Dir); *La mujer en el siglo XXI: Desigualdades, Retos y Oportunidades*. Universidad de Castilla La Mancha.
- Yuni, J. A. y Urbano, C. A. (2007). Entre-tiempos. Una mirada psicosocial sobre la madurescencia femenina. En D. ALONSO y V. RODRÍGUEZ, (Dir); *La mujer en el siglo XXI: Desigualdades, Retos y Oportunidades*. Universidad de Castilla La Mancha.
- Yuni, J. A. y Urbano, C. A. (2001). *Mirarme otra vez. Madurescencia femenina. Alternativas y desafíos de ser mujer mayor*. Córdoba: Ediciones Facu-Universidad Nacional de Córdoba.